

GENERALIDADES SOCIALES

Anselmo Lorenzo

GENERALIDADES SOCIALES

AN 75

260

— POR —

ANSELMO LORENZO

CONFERENCIA SOCIOLÓGICA
LEÍDA EN 7 DE NOVIEMBRE DE 1909 EN EL
— CENTRO OBRERO DE ZARAGOZA —

Precio: **15** cénts.

IMP. J. ORTEGA, CALLE DE SAN PABLO, 96
BARCELONA — 1910

ANSELMO LORENZO

GENERALIDADES SOCIALES

Conferencia sociológica leída el 7 de noviembre de 1909 en el
Centro Obrero de Zaragoza

Movimiento obrero actual

Compañeros:

Me presento ante vosotros sin un tema concreto y bien determinado; circunstancias especiales me obligan a ello. Para satisfacer el deseo que se me ha manifestado, he adoptado un tema indeterminado como este, *Generalidades sociales*, en que pueda discurrir sobre datos aportados por la casualidad, incongruentes y sin relación fija, esperando que vuestro juicio enlace los razonamientos, deduzca las conclusiones y obre con una voluntad racionalmente determinada. Si consigo este propósito, el resultado será útil y grande mi satisfacción.

Cuando hace ya medio siglo se lanzó al mundo el nuevo Evangelio social contenido en estas sencillas palabras: “No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes”, se puso una condición como garantía de éxito: “¡Trabajadores del mundo, asociaos!”

La cosa era clara. Como si se dijera: Sin lo accesorio, la solidaridad, no hay lo principal, no hay justicia.

Porque así andan por ahí las cosas: hállase todo perfectamente ordenado en el mundo inconsciente; es decir, la justicia se cumple estricta y absolutamente en los tres reinos de la naturaleza; pero en esa agrupación que algunos quieren que se llame el reino hominal, ni por asomo.

Minerales, plantas y animales se ajustan con precisión exactísima a las condiciones íntimas de su existencia; pero el hombre las violenta siempre e incesantemente desde que nace hasta que muere.

La justicia humana, está visto, no puede ser aún espontánea: ha de resultar de una imposición o de una conveniencia, y reconociéndolo así indudablemente aquellos obreros redentores del obrero, los precursores que le hicieron concebir la esperanza de su emancipación social, le indicaron también la necesidad de imponerla por la solidarización de los trabajadores: la Internacional entonces, el Sindicalismo hoy.

En prueba de que aquellos iniciadores de la revolución social estaban en lo cierto, ahí está, absolutamente impracticada por todos los tiranos, explotadores y usureros creyentes, esa recomendación cristiana tenida por necesaria y justa, a pesar de las terribles amenazas que la acompañan: “No hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen y donde los ladrones minan y hurtan”.

Díjose también: “La emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”, que es como añadir a la garantía de éxito antes indicada, esta observación profética: La justicia en la sociedad, hasta hoy desconocida en la práctica y presentada únicamente en estado de ideal, se conquistará por la victoria revolucionaria de los más directamente interesados en su

triumfo contra todos los que tienen interés en que continúe dominando la iniquidad, o sea por la abolición de la autoridad en todas sus manifestaciones, y por la consiguiente abrogación de todas las leyes coercitivas y vinculadoras de la propiedad.

La historia del movimiento obrero desde aquella fecha hasta el presente es una comprobación de lo expuesto y, en pequeño, una renovación de aquellas antiguas mixtificaciones que hundieron en el abismo de la desilusión los ideales que sucesivamente vinieron siendo objeto de las esperanzas de los hombres.

En efecto: surge la Internacional potente, amenazadora, y ante aquella hermosa y nunca vista unión de los oprimidos y desheredados del mundo, que negaba toda razón de vida al privilegio y afirmaba como único fundamento de derecho social el trabajo, tiemblan los gobiernos y los poderosos, al paso que la certeza de la futura redención ensancha las potencias de las víctimas, radiantes de alegría por ver al alcance de su poder la solución del gran problema de los siglos. Mas por desgracia no se estaba aún al cabo de las desilusiones: quedaba por ver la segunda edición de un evangelio desvirtuado y disfrazado por otro nuevo catolicismo; y ahí tenemos desempeñando tal desviación a ese socialismo de los partidos obreros nacionales distribuido por todas las naciones, España inclusive, que, cualquiera que sea su denominación y jefatura, no es otra cosa que un oportunismo, el cual, con el pretexto de despojarse de idealismos utópicos y entrar

en la vía positiva de las reformas prácticas, desarrolla las ambiciones de los utilitarios y lleva al escepticismo a los que, pasados los primeros momentos de entusiasmo, pierden la energía y la fe, y resulta al fin un oportunismo al revés.

El mal, no obstante, no es irremediable, porque frente a esa degeneración burguesa del socialismo nacional, persiste indestructible la protesta anarquista, que exenta de contactos perniciosos con lo presente, afirmando el principio de la absoluta integridad del derecho de la persona humana y deduciendo de él el ideal de la sociedad justa, estudia, observa, metodiza y coopera prodigiosamente a la formación y difusión de la ciencia social.

La desviación socialista, que de tal debe ser calificada la conversión en nacionalistas de antiguos internacionales, es, pues, cosa de poca monta, sólo supone un corto retraso en el progreso, y de desear sería, para su más pronto desprestigio, que cada aspirante a la diputación o al ministerio quedara hecho diputado o ministro por arte de encantamiento; así caerían juntamente con el régimen burgués, y con ello nos ahorraríamos tiempo y sacrificios.

En la actualidad, fuera de la acción de socialistas y anarquistas, agítase como nunca el elemento obrero que aun se ha mantenido neutro ante las solicitudes de ambos.

El fenómeno merece ser estudiado: verifícase un caso de sugestión parcial en que se toman ideas y doctrinas del sugestionador, desentendiéndose de su voluntad.

A los socialistas parece decirseles: lucharemos contra el capital, resistiremos para arrancarle condiciones que nos favorezcan, nos dirigiremos hacia nuestra emancipación; pero no entraremos en esas organizaciones vuestras que sostienen sinecuras, ni nos sumaremos a esas cifras fantásticas con que los exobreros ascendidos a personajes presentan la masa popular de que se suponen representantes cuando no son más que agiotistas o mercaderes, ni nos despojaremos de nuestro derecho en los comicios para forjarnos un mandarín.

Dirigiéndose a los anarquistas, muéstranse simpáticos, porque ven en ellos auxiliares desinteresados, cuyas tendencias no les atraen del todo a causa de su gran alcance, que excede de lo limitado de sus inmediatas reclamaciones, resultando siempre patente que no quieren enajenar su voluntad ni comprometer su porvenir.

Los socialistas siéntense molestados por el desdén con que se les trata, y en su despecho incurren en el ridículo de evidenciar su autoritarismo, reduciendo la solidaridad para la resistencia a una especie de casuística en que la augusta majestad del derecho se somete a viles condiciones.

Los anarquistas, por el contrario, considerando que el resultado de ese movimiento ha de acrecentar la experiencia y la pasión, celebran anticipadamente su triunfo, satisfechos sobre todo de ver

a sus compañeros de trabajo luchar por su emancipación siguiendo sus propias inspiraciones.

Bien haya ese movimiento salvador que se inicia precisamente en los momentos en que oradores y publicistas burgueses acentúan la nota del pesimismo en vista del derrumbamiento nacional, porque él demuestra que si faltan energías para las causas muertas, se despiertan otras verdaderamente poderosas para conseguir las justificaciones que nos promete el porvenir.

Sobre todo esa constancia, esa tenacidad, terquedad si se quiere, con que se sostienen heroicamente huelgas, no por aumento de jornal, ni siquiera por disminución de horas de trabajo, sino por reventar a los burgueses que no quieren obreros asociados, ¡bendita sea!

Causa y razón del movimiento obrero

Véase este dato que suministra un diario burgués:

“Se calcula que la riqueza total de Inglaterra, tal como se obtiene por la capitalización de las rentas, asciende 11.500 millones de libras esterlinas. De ellos 10.900 pertenecen a cinco millones de ingleses, y los 600 millones que quedan se los reparten treinta y nueve millones de personas. Es como si nueve personas fueran a repartirse una manzana y empezaran por dividirla en nueve pedazos iguales, una de las personas se quedara

con ocho pedazos y las ocho personas restantes se distribuyeran el pedazo que aun queda”.

Y aun en esa distribución sólo se tienen en cuenta los propietarios; los no propietarios, los jornaleros no se cuentan para nada en la participación de la manzana que simboliza la riqueza social.

La estadística de cada nación dará seguramente resultado análogo. Habrá alguna diferencia en la proporción, pero no en la desigualdad esencial.

Respecto de España, he aquí lo que dice Pi y Margall:

“Hoy el propietario es incondicionalmente dueño de la tierra que ocupa. La goza en vida; la transmite a sus herederos. Puede a su albedrío enajenarla por renta, por permuta, por donación, por cualquier otro título. No la rige ni la ha de regir por el ajeno interés, sino por el propio. La destina a la producción o la convierte en parque. Ni porque la deje años y años yerma, ni porque totalmente la olvide, ni porque se haya desdeñado de conocerla pierde nunca el derecho de cerrarla a sus semejantes. La pierde por prescripción, mas sólo tolerando ajenas intrusiones”.

A tan colosal absurdo, obedecido en la ley, reverenciado en la religión y venerado en la patria, respondo con este pensamiento de Spencer, tan sencillo como incontestable:

“La justicia no admite la propiedad individual del suelo, porque si una parte del mismo puede ser poseída por un individuo, que la retiene para su uso exclusivo, otras partes de la tierra pueden ser ocupadas con igual título, y de ese modo toda la superficie de nuestro planeta quedaría en poder de algunos individuos, y así se llega al siguiente dilema: Si toda la superficie habitable del globo es propiedad exclusiva de cierto número de familias, los no propietarios no tienen derecho a ocupar un sitio sobre la tierra. Estos sólo existen por tolerancia, o todos ellos son usurpadores. En realidad, solamente por permiso o tolerancia de los señores tienen suelo que les sostenga. Si los dueños del suelo quisieran negar ese permiso a los que no tienen tierra que pisar, si fueran aquéllos absolutamente intolerantes, podrían éstos ser en definitiva expulsados de este mundo.

Si se admite que la tierra puede ser objeto de una propiedad exclusiva, es consiguiente que toda la tierra puede llegar a ser hacienda privada de algunos individuos; y en ese caso, todos los demás no podrían ejercer

sus facultades ni existir siquiera sino con el consentimiento de los propietarios.

Es, pues, evidente que la propiedad individual de la tierra viola el principio de la libertad igual para todos, porque hombres que viven por el permiso y por la tolerancia de los propietarios, no son seres libres como ellos, como los que les permiten o les toleran la vida.

Ni el cultivo ni aun el reparto igual de la tierra pueden ser origen de un derecho absoluto y exclusivo: porque llevado a sus límites extremos semejante derecho engendraría el despotismo completo de los propietarios. Las leyes votadas cada día en el Parlamento son la negación de ese derecho, y, en último término, la teoría del derecho colectivo de herencia territorial reconocido a todo individuo está en conformidad con el desarrollo del más alto grado de civilización, y por difícil que sea el paso de esta teoría a los hechos, la equidad exige su riguroso cumplimiento”.

Proudhon escribió:

“El proletario es arrojado de los bosques, de la margen de los ríos, de las montañas; hasta se le prohíbe el paso por los caminos transversales; pronto no conocerá más que el que conduce a la cárcel.

El año pasado, el alcalde de Mulhouse, para impedir el merodeo en las viñas, prohibió a todo individuo no propietario la circulación de día y de noche por los caminos que rodean o cruzan las viñas; precaución caritativa, puesto que prevenía los deseos y evitaba las penas. Pero si la vía pública no es más que un accesorio de la propiedad, si los bienes comunales se convierten en propiedades individuales, si el territorio, asimilado a una propiedad individual, se conserva, se explota, se arrienda y se vende, ¿qué le queda al proletario?”

Ya había respondido Malthus:

“En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto para él; está realmente demás sobre la tierra, y la naturaleza le manda que se vaya, y no tarda ella misma en poner por obra su mandato”.

No la naturaleza sino la sociedad es la ejecutora de mandato tan brutalmente injusto.

Contra él protestan los oprimidos, y su protesta, confirmada por la historia y por la sociología, da lugar a estas manifestaciones de Salmerón:

“La propiedad es justa y es legítima en tanto que viene a servir a los fines racionales de la vida humana; y

cuando esto no sucede, la propiedad es ilegítima, la propiedad es injusta, la propiedad debe desaparecer.

Hay en todo el movimiento social contemporáneo, del cual no es más que una manifestación La Internacional de Trabajadores, la tendencia a consagrar un nuevo principio de vida, poniéndole por encima, no ya de las instituciones y de los poderes del Estado, sino por encima de los mismos principios religiosos y morales impuestos por la fe dogmática. Este principio es el de la razón, inmanente en la naturaleza humana. El principio tradicional ha sucumbido, y si tenéis sentido y conciencia del progreso, debéis abrir paso a este nuevo elemento, a esta nueva dirección de la vida para que plenamente se realice”.

A la emancipación de los trabajadores, es decir, a la elevación de participantes en la riqueza social, a la destrucción del privilegio, a la reorganización racional y científica de la sociedad, más que la suma de los privilegiados y el cúmulo de poder que poseen, se opone el atavismo, ese enemigo que todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, ilustrados e ignorantes, hombres y mujeres, llevamos dentro de nuestro ser, especie de espíritu del mal que nos inspira indiferencia, resistencia y hasta odio, según los casos y los caracteres, hacia todas las novedades racionales y científicas que contrarían nuestras creencias o nuestras costumbres.

Contra el atavismo, raíz de la rutina, cadena que nos sujeta y retiene en un estado social que, si representa un progreso beneficioso respecto de estados anteriores, resulta un grave perjuicio si se estaciona, está el conocimiento, impulsor de la actividad, único y positivo redentor que destruye obstáculos y abre vía franca, iluminada por la verdad, embelesada por el arte, justificada por la ciencia.

Desvanecer atavismos y difundir conocimientos fue y será siempre el trabajo más importante que pueda realizar todo revolucionario; sin él, la revolución misma, esos movimientos que se producen en determinadas épocas para abrir paso en el callejón sin salida de un estado político-social inicuo, caen en nuevas injusticias que se cubren con la justificación del oportunismo, causante de esas grandes decepciones productoras del escepticismo y del pesimismo que consumen generaciones y generaciones perdidas para el bien y la felicidad. ¿Quién no ve, en apoyo de tan grande y tristísima verdad, vigorosa y fuerte en nuestros días la antiquísima noción de la propiedad de la Roma pagana pasando incólume sobre el esplendor y la ruina del mundo romano, la implantación y extensión del cristianismo, la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma, el descubrimiento de América, la invención de la imprenta, la Revolución inglesa y francesa, el parlamentarismo y la gran floración científica moderna? ¿Quién no ve en el jornalero y en el obrero sin trabajo de hoy el paria y el esclavo de la Antigüedad? ¿Qué valor tienen, ante el *jus utendi e*

abutendi del antiguo patricio y del moderno burgués, el Sermón de la Montaña y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano?

Si un hombre representa la especie, si un hombre y una mujer pueden rehacer una humanidad en un mundo asolado, ¿qué anatema no merece esa propiedad que anula inteligencias, atrofia voluntades, convierte hombres a miles y millones a través de los siglos en máquinas, dejándolos aptos sólo para la credulidad, la servidumbre, el trabajo y la guerra? ¡Qué tremenda responsabilidad corresponde a ese patriciado antiguo, medio y moderno, que desvió la corriente de la riqueza social que debía fecundizar por igual la vida de las generaciones, para formar esos infectos remansos llamados naciones, donde flotan unos cuantos millonarios, cienmillonarios y aún milmillonarios, a semejanza de aquellos monstruosos saurios de la primera y segunda época del planeta!

Ampliación

Una de las manifestaciones más odiosas del privilegio propietario y más contrarias a la positiva solidaridad humana, consiste en el monopolio de la ciencia, que, como resultado fatalmente lógico, produce la ignorancia popular.

Véase el siguiente dato: *La Escuela Española* dirigió hace poco a las Cortes una exposición, quejándose del estado de abandono en que se tiene en España la enseñanza.

De ese documento, que da triste idea del abismo de injusticia en que se halla este país, tomo el siguiente párrafo, con el que se pone de manifiesto la necesidad de desarrollar con urgencia las iniciativas de los racionalistas y de los anarquistas, para desvanecer esa negra masa de ignorancia y de miseria, sobre la que viven privilegiados y tiranos. Dice así:

“En la legislatura actual, el gobierno se ha presentado ante la nación sin consignar una sola palabra en el mensaje de la Corona, para la educación y cultura del pueblo. Cuando el cuadro escolar de la patria no puede ser más desconsolador, el gobierno calla; cuando existen 24.000 escuelas incapaces, sin luz, sin ventilación, antros de muerte, de ignorancia y de incultura para la naciente infancia; cuando 50.000 niños mueren anualmente a causa de las enfermedades que contraen en escuelas tan antihigiénicas; cuando 250.000, no mueren, pero enferman por educarse en locales tan malsanos; cuando hay 480.000 niños que vagan por las vías públicas en España, candidatos seguros para la golfería, para la delincuencia y para el presidio, dispuestos a ser la vergüenza y la deshonra de la nación; cuando hay 30.000 niños y jóvenes ciegos, 37.000 sordo-mudos, 67.000 mentalmente anormales y 45.000 moralmente anormales y de otras irregularidades, ya psicológicas, ya físicas, que, en medio de su

desgracia inmensa, viven en el más absoluto abandono, por no tener establecimientos donde educarse; cuando hay 24.000 maestros de primera enseñanza con sueldos tan mezquinos que, en la mayor parte de las localidades, son muy inferiores al que cobra un bracero; cuando la consignación para material escolar *moderno, adecuado, pedagógico* resulta una cantidad ridícula por lo exigua y miserable; cuando van a las filas militares anualmente 50.000 soldados en la mayor incultura, incapaces para el combate; cuando hay diez millones de españoles analfabetos incapaces de formar parte de una nación civilizada; cuando existen 60 Institutos y 10 Universidades en las mismas detestables condiciones higiénicas y pedagógicas que las escuelas de primera enseñanza, indotados del necesario material científico, absolutamente incapacitados para producir una juventud ilustrada, culta, digna de Europa; cuando existen 60.000 corrigendos que la sociedad separa de su seno para que se corrijan, y salen de los correccionales más hábiles para cometer el crimen, más degradados, más incultos, más dispuestos para la infamia que cuando entraron; cuando los españoles huyen de España, y pueblos enteros emigran al extranjero, y la población disminuye a pasos agigantados, y el hambre y la desesperación devoran el país y amenazan un porvenir pavoroso de

desolación, de aniquilamiento y de muerte, el gobierno enmudece, no pone en el documento real ni una sola palabra que tienda a mejorar la triste condición de un pueblo que se extingue devorado por la miseria, por la incultura y por la ignorancia, y que sólo puede salvarse por el único camino que enseña la razón y la historia, *por la escuela, por la educación y por la cultura del pueblo*”.

El cuadro es verdaderamente horrible; y cuando se considera que el mal no es de hoy, ni pasajero, sino que es de antigüedad remota, por no decir de siempre, bien puede decirse que estamos sometidos a sistemática ignorancia, sobre la cual tiene firmísimo asiento el privilegio y la injusticia.

Peor aún: Han puesto los privilegiados la enseñanza científica en la Universidad, y han dejado para los desheredados el analfabetismo, casi absoluto para la proletaria, y atenuado, por no decir agravado, para el proletario, con esa instrucción primaria que tiene por base fundamental el catecismo.

Y la cosa viene de lejos: los sacerdotes del antiguo Egipto se reservaron el *esoterismo*, o sea el conocimiento de la naturaleza, rodeándose de todas las precauciones imaginables para que los conocimientos fueran absolutamente secretos y sólo comunicables a los neófitos, por la iniciación, tras numerosas y difíciles pruebas, y

dejaron el *exoterismo*, o sea la verdad oculta por el símbolo o el mito para la multitud de los profanos.

Hoy el esoterismo no se resguarda ya tras el secreto, sino tras el dinero: se vende. Y el exoterismo subsiste, no sólo por las escaseces del pobre, sino por rutina atávica.

Y tan arraigada está esa injusticia, que desde los tiempos remotos de los Faraones hasta los modernos, en que por la efervescencia filosófica se acumulaban las nubes precursoras de la gran tempestad revolucionarla, uno de los sabios de la Enciclopedia llegó a pronunciar estas infames palabras que constituyen un crimen de lesa humanidad: “Es necesario un Dios para la canalla”.

Evolucionando el privilegio, aunque sin determinación volitiva para ser justo, porque la justicia voluntaria para el privilegio equivaldría al suicidio, sin destruir los obstáculos que impiden el acceso de la Universidad a los pobres, recurrió a la enseñanza laica, que, en Francia a lo menos, por reemplazar a los hermanucos de la Doctrina cristiana por el profesorado civil, significó un gran progreso, pero que se limitó a reemplazar el mito Dios por el convencionalismo Patria, y si se abandonó la idea de transformar el hombre en Santo, se intentó convertirle en Ciudadano, que es una manera diligente de violentar la naturaleza humana.

En tal estado las cosas, la evolución progresiva ha traído los elementos para la solución exacta, suficiente y eficaz: la enseñanza racional; y con ella se prepara la solución al gran problema social,

la que romperá la cadena de la posesión que a los trabajadores nos tiene sujetos al dominio de los capitalistas propietarios, quienes de la producción hacen cuatro partes, a saber: productos naturales, productos industriales, productos civiles, jornal; las tres primeras para ellos, la cuarta para nosotros. Que es como decir: toda la riqueza social, natural y producida, para los privilegiados propietarios, para los proletarios desheredados, nada; peor que nada, puesto que siendo tan hombres como ellos, no sólo nos privan de todo, sino que nos reducen a la condición de esclavos destinados a la producción, recolección, conservación y defensa de los bienes que usurpan.

Con la enseñanza racional se abandona el exoterismo popular y se destruye el esoterismo privilegiado; se pone a la generación nueva, niñas y niños sin distinción, en condiciones análogas a las que el bachillerato pone a nuestros burguesitos, con la diferencia que ellos, por hallarse sometidos a un régimen oficial, se recargan de clasicismo inútil y de falsa ciencia concordada con el dogma, en tanto que los niños racionalistas aprenden positivismo científico y fecundo.

Una infancia así educada, que establece el nivel perfecto entre lo que se sabe y lo que se cree, lleva la revolución realizada y triunfante en su corazón y en su cabeza, la establecerá de hecho y tomará en su día su parte de posesión en el patrimonio universal con facilidad admirable, sin confiar en falsos mesías ni esperar

imaginarios trastornos sociales, sino como resultado natural de una evolución cumplida; porque ¿quién y qué contendrá a la nueva generación ilustrada en las serviles y miserables estrecheces del salariado? ¿de dónde sacarán los privilegiados prestigio y fuerza para continuar la usurpación de los frutos del trabajo, toda vez que ese prestigio y esa fuerza tienen como único fundamento la ignorancia popular?

Para la realización del ideal emancipador del proletariado, la enseñanza racional es un elemento poderoso. Esos niños que aprenden la unidad y la eternidad de la materia, que adquieren nociones positivas acerca de la constitución del Universo, de la formación de los organismos y de las leyes de la evolución, que conocen el origen del hombre y en síntesis cierta la constitución de la sociedad y el curso de la historia, todo despojado de misticismo, metafísica y leyenda, no pueden ser individuos pasivos sometidos al absurdo tradicional; por fuerza han de dar nuevo impulso al mundo por iniciativa propia, desoyendo toda sugestión y tendiendo a hacer práctica en el mundo la verdad que atesora su entendimiento.

La enseñanza racional tuvo en Ferrer un revelador y un mártir, hoy, ya conocida, lo que necesita es propagadores entusiastas y decididos, y éstos nadie más obligados que nosotros mismos los trabajadores, quienes hemos de sustraer a nuestros hijos de la nefasta influencia de aquella doctrina que enseña la sumisión a los

superiores, la no resistencia al mal, la caridad impotente contra la justicia dominante, la gracia en substitución de la justicia y la arbitrariedad del milagro contra la inflexibilidad de las leyes naturales.

Y como no es posible convertirnos cada trabajador en un nuevo Ferrer, aquel gran hombre que hizo de la enseñanza racional el exclusivo objeto de su existencia, obteniendo como premio el odio de todos los privilegiados obscurantistas, la admiración de todos los amantes de la luz, la muerte en los fosos de Montjuich y la glorificación de la historia, coadyuvemos a su obra propagando la necesidad de su enseñanza, ayudando a los que a ella se dedican, reuniendo en su favor nuestro esfuerzo colectivo, y sin abandonar ninguna de nuestras posiciones en la lucha por la emancipación, ocupemos ese baluarte invencible, en la seguridad de que el triunfo será nuestro, porque ello es, compañeros, que la verdad y la justicia aliadas son en definitiva la fuerza incontrastable que domina el mundo.

Pasividad y Rebeldía

Muchas fuerzas sociales obligan a la sumisión al trabajador: la autoridad desde el trono poderoso que sirve como de cúspide al conjunto de fuerzas que, en graduación ascendente de arbitrariedad tiránica, sube desde el menudo y antipático polizone hasta el que colma la medida y representa la soberanía, rey o presidente; la ley, colección de preceptos que a modo de camisa de

fuerza sujeta a todos y a cada uno de los individuos a una concepción estrecha de las facultades humanas que, por el contrario, necesitan, exigen y llevan en sí mismas la ilimitada expansión que es condición esencial de su ser; el dogma, imposición de una solución previa a todo lo que ha de ser resultado de la observación y del juicio; la costumbre, adaptación a la manera de vivir, lo mismo de los errores tradicionales que de las transformaciones que insensiblemente van imponiendo las circunstancias, como resultado del predominio de ideas nuevas y accidentes del medio; la necesidad, que privándole de recursos propios para ser dueño de sí mismo y hacer de su libertad el uso que dicte su voluntad, le obliga a someterse a la fuerza del tirano, a la codicia del explotador y a la rutina del qué dirán.

Sobre todas estas fuerzas exteriores que obran como una prensa y como un martillo para encajar al trabajador en un molde que estrecha, encoge y estruja todas sus condiciones vitales, hay todavía una fuerza interior más poderosa que todas las otras juntas: la pasividad.

Sus pasivos progenitores, faltos de ideal humano y, por tanto, de esperanza de redención, le moldearon para la obediencia, y domado en el hogar, entró obediente en la vida social y fue aprendiz, soldado y obrero, ganando el dictado de *bueno* a fuerza de paciencia y sumisión.

La falta de ideal, de esperanza y de redención crearon la paciencia y el servilismo, y todo eso produjo la pasividad, y sobre la pasividad de cada uno, formando cientos, miles y millones de trabajadores, activos para la producción, mas pasivos para el despojo, exactamente iguales que los segadores del cuento, se cimienta todo el artificio de la iniquidad social.

Si lo que más poderosamente oprime al trabajador lo lleva éste dentro de sí, es evidente que para lograr su emancipación necesita en primer lugar desprenderse de este obstáculo.

Y ese desprendimiento es posible: lo realizaron en todas las épocas de la historia cuantos, viendo la falsedad de los cimientos sociales, que fueron elaborados por un pasado equivocado y aprovechados por la malicia de los usurpadores, miraron a lo porvenir, formularon ideales tan racionales como prácticos y en ellos se inspiraron para formular sus protestas y reivindicaciones.

Y sucedió, naturalmente, que los privilegiados que sustentan la locura de querer que el momento presente no tenga sucesión, que se prolongue eternamente, que no haya perfeccionamiento, ni justificación, ni progreso, declararon a los innovadores herejes, iconoclastas, perturbadores, visionarios, locos, criminales, y los persiguieron de muerte por el aislamiento, la calumnia, la prisión, el tormento, el hierro y el fuego.

Vano empeño; lo pasado pasó: lo presente es efímero, la vida está en lo futuro, y los que a lo futuro se dirigen y para lo futuro

trabajan, dando el salto desde el redil de la pasividad al campo libre de la rebeldía, esos viven, fecundan y producen.

La pasividad de la víctima es la fuerza del tirano: nadie, no hay persona alguna que por sí propia, por el título que ostente, por el oropel que revista, por las ceremonias y ritos de que se rodee, pueda mandar sin la pasividad obediente de los mandados.

Si un mandado se rebela, y luego otro, y luego ciento, y a continuación miles y miles; si cada hombre sometido a la pasividad de átomo componente de una masa se convierte en unidad inteligente, volitiva y activa, tanto como el valor moral de la humanidad habrá aumentado, disminuirá el poder ficticio de los mandarines.

No espere el trabajador para emanciparse que caiga la monarquía, que suba la república, que desarmen el ejército, que se disuelva la guardia civil, que pongan el pan barato, que no se pague al clero, que despachen a la policía, ni a que Lerroux, si se acuerda, con sueldo de ministro, decrete la jornada de ocho horas. Lo que ha de hacer, tomando al pie de la letra el *homo sibi deus* de Pi y Margall, es hacer una revolución en sí mismo, acoger para siempre la pasividad e inaugurar, desde el momento inicial de su resolución hasta su último suspiro, la rebeldía. Renuncie a ser hombre de bien para ser hombre a secas.

Porque, en resumen, la revolución social es eso: una suma de las revoluciones individuales, sin la cual la revolución que se haga será

un infecundo movimiento más; es decir, la sustitución de los mandarines de hoy por esos otros que, incapaces para ganarse la vida en el campo, en la mina, en el taller, en la fábrica, en el barco, en el ferrocarril, en el estudio, en el laboratorio, andan por ahí echando discursos, embabiecando electores en espera de manejar el dinero de los contribuyentes directos.

Táctica obrera

Puesto que se habla constantemente de lucha por la vida, y en la sociedad existen dos grandes entidades antagónicas, ricos y pobres, en guerra constante, unos por la conservación y aumento de sus ventajas, otros en defensa de las esquilgadas condiciones de vida que se les deja, bueno será hablar algo de estrategia. Perdóneseme por una vez esta incursión al terreno militar.

Por regla general los luchadores, cada bando por sí, procuran escoger el terreno de la lucha, y sabido es que el que le tiene favorable, tiene al que ha debido aceptar forzosamente el que le es contrario, cuenta de antemano con una gran probabilidad de triunfo.

La burguesía, actual monopolizadora del patrimonio universal, se halla parapetada tras la autoridad, posee la riqueza natural y la que producimos los trabajadores, que nos arranca por el llamado derecho de sucesión, y cuenta además con la fuerza pública, formada con la juventud proletaria regimentada, armada y adiestrada.

El proletariado, esclavizado siempre y todavía desheredado del patrimonio universal, agobiado por todas las cargas sociales, sistemáticamente reducido a la ignorancia y a la miseria, se halla en campo abierto, indefenso y desarmado, y sólo cuenta con la idea de su emancipación, que ha de extenderse todavía a muchas inteligencias, y con la mancomunidad o solidaridad en estado embrionario que planteó La Internacional y que ha prosperado poco a causa de los ataques autoritarios que ha sufrido y de las astutas insidias con que le ha desbaratado o debilitado el radicalismo político.

Tal es la situación de los dos bandos combatientes.

En tan desiguales condiciones, la burguesía imperante presenta batalla al proletariado en el terreno parlamentario. Muchos trabajadores socialistas y republicanos —desviados por el socialismo, que promete la ilusoria conquista de los poderes públicos, o por el radicalismo republicano, que promete reformas ineficaces porque deja intacta la cadena de la sucesión— la aceptan, esperando cándidamente lograr la formación de aquella legión de diputados obreros y burgueses radicales que por el voto de la mitad más uno de los votantes acuerde la emancipación social de los trabajadores, la imponga al poder ejecutivo y se vea publicada en la *Gaceta*, objetivo final del radicalismo español, recientemente dogmatizado por Lerroux como límite que separa el ideal práctico del utópico.

Esta manera plácida y legal de la conquista del poder, que suele proclamarse en los días de buena luna, es diametralmente opuesta a aquella otra violenta, revolucionaria e impuesta como triunfo de masas rebeldes dirigidas por audaces caudillos, que se predica en los días de luna roja; pero en política rige la lógica del absurdo y no ha de hacerse caso de tales contradicciones. Lo cierto es que tan enfrascados se hallan socialistas y republicanos en el parlamentarismo, que con él cuentan para su Estado ultrarrevolucionario.

Sería curiosa una estadística electoral por naciones democráticas, clasificada por las distintas aspiraciones reformistas que inspiraron a los electores, por la lealtad o la traición de los elegidos y por los resultados obtenidos, formada desde la Independencia americana y la Revolución francesa hasta el presente; con ella se mediría con exactitud la cándida ignorancia de los que sufren y la astuta picardía de los que triunfan; pero ya que no esa estadística, tenemos estas sencillas consideraciones lógicas: el poder, en su significación de autoridad, es esencialmente estacionario, con tendencia regresiva casi siempre, nunca progresiva; fundado teóricamente —no más que teóricamente, porque jamás perdió su esencialidad tiránica y arbitraria— en los tiempos modernos sobre el voto popular, resulta ese voto el abandono inconsciente de aquel derecho inmanente, ilegislable, anterior y superior a toda ley de que antes nos hablaban los demócratas y que hoy reniegan los que poseen y los que se

proponen adquirir, cualquiera que sea su denominación política, pasados de hecho al campo de los ricos, desde donde dirigen las huestes de los pobres que se dejan dirigir.

Gracias a que en la brega del vivir, por inspiración del pensamiento y del sentimiento humanos y no por espíritu de clase, surgió La Internacional, que unió en línea de conducta y en aspiración ideal a todos los trabajadores del mundo, proclamando que la emancipación de los trabajadores es el fin a que ha de subordinarse todo movimiento político, y que esa emancipación ha de ser obra de los mismos trabajadores, y una idea, todo el mundo lo sabe, es una luz inextinguible que alumbró la inteligencia a pesar de todos los apagamientos; sirva de demostración y prueba la gran agitación obrera actual en la América republicana burguesa de ambos hemisferios, y la no menos grande de Europa, entre la Confederación General del Trabajo y el Gobierno radical.

De lo expuesto se deduce que los privilegiados cuentan, para la conservación de sus privilegios y el goce tranquilo del monopolio de la riqueza social, con la fuerza que del proletariado extraen y con la debilidad que con sus desviaciones le causan, y que lo que han de proponerse los trabajadores es el estudio en sus propios centros de la sociología, la unión con sus compañeros exenta de toda jefatura y la marcha resuelta y franca hacia la supresión del salariado por la abolición del derecho de sucesión.

El derecho a vivir

El concepto de la vida plácidamente disipada en un banquete donde no hay puesto para todos los vivientes, y del que han de ser arrojados como intrusos los que al nacer no tienen en él cubierto preparado, era insuficiente para satisfacer la conciencia de los beneficiados, y más insuficiente aún para acallar las protestas de los que, sintiendo en sí la inmanencia de un derecho que compartían por igual con todos los humanos, y con fe más intuitiva que consciente en una sociedad racional y científica, recurrirían a la difusión de ideales más verdaderos y justos.

Necesitábase, pues, un complemento, y éste no tardó en presentarse, suministrado por una interpretación parcial de la teoría darwiniana llamada *la lucha por la existencia*, que afirma que “los fuertes y los inteligentes vencen y suprimen a los débiles y mal dotados”.

Bastaba con eso para que los comensales del privilegio se juzgaran fuertes e inteligentes, y ya no vieron hombres, sino inferiores, en los arquitectos y obreros que trazan y edifican sus palacios; en los artistas y artesanos que los cubren de cuadros, muebles y utensilios; en los servidores que les asisten, limpian y ceban; en los trabajadores de la agricultura, de la industria y del transporte, que cultivan, cazan, pescan, fabrican y transportan para que nada les falte de lo que necesitan con necesidad verdadera o ficticia; en los artistas, científicos, jurisconsultos, sacerdotes,

gobernantes y gendarmes que les recrean, curan, definen su derecho legal, aseguran su felicidad eterna, ejercen el poder en su beneficio y matan o se hacen matar por ellos.

No importa que el ilustre autor de *El origen de las especies* y de *La descendencia del hombre* hablase también, como por compensación, de la concordia para la existencia, celebrando las comunidades que, gracias a la unión de gran número de individuos, prosperan admirablemente y llevan a buen término la más rica progenitura. Eso quedó traspapelado, porque ¿quién lee a Darwin? Los del banquete, ocupados por la digestión de comida a comida, no tienen tiempo; los otros, los arrojados por intrusos, acosados por el trabajo y la miseria e incapacitados por la ignorancia, ¿qué han de leer? Quedan la veintena de sabios que dogmatizan en nombre de la ciencia y del orden social, y éstos, aparte de algunos cotadísimos que como Kropotkine y Reclus llevan la lógica científica a sus últimas consecuencias, se convierten en servidores de la adinerada burguesía, y se contentan con brillar en las academias, donde, a imitación de los antiguos sacerdotes egipcios, cultivan, como recreo y a escondidas para que los trabajadores no se enteren, una especie de esoterismo volteriano.

En oposición a todo eso, existe el derecho a vivir a que todo el mundo está sujeto, y que únicamente niega el hombre cuando teoriza para justificar el absurdo y la iniquidad, y que atropella cuando explota, tiraniza y pelea.

Todo en el universo, desde lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande, puede parodiar el aforismo de Descartes: “Existo, luego tengo derecho a ser”.

Y si ese derecho existe en todo, como manifestación de vida de la substancia y de la energía universales, puede muy bien decir el hombre: con las líneas que dibujan mi personalidad pongo un límite al espacio infinito; con este organismo mío, que funciona consumiendo, reservándose y espeliendo materia, y que por mi actividad relativa da un contingente de ideas, de productos o de manifestaciones diferentes, unas resultado de adaptación, otras exclusivamente mías, dejo de mi paso por el mundo un rastro vivo, indestructible y eterno en este universo sin fin.

El tema del derecho a vivir no le plantea jamás la naturaleza, porque le tiene resuelto de toda la eternidad; únicamente le plantea el hombre, debido a que ha hecho leyes a capricho para sancionar injusticias.

Si en este infinito de la existencia en el espacio y en el tiempo se presenta la limitación de la muerte, los seres no se someten a ella reconociendo un derecho extraño a ellos mismos, no acatan la superioridad de ningún otro ser, caen por debilidad ante la enfermedad, la vejez o el choque contra un obstáculo insuperable.

Vivir es el supremo derecho y el gran deber que contraemos por el hecho de ser.

Armonizar ese derecho y ese deber en nosotros mismos y en las relaciones de cada individuo con la totalidad de los de nuestra especie, es el objeto de la sociedad humana.

Facilitar la realización de ese objetivo, dadas las enormes desviaciones que ha sufrido y viene sufriendo es cosa urgente, como lo demuestra, no la reivindicación de un infeliz proletario ni la impaciencia de un transformador, sino un hombre que ocupa elevada posición.

En un número de *Tierra y Libertad* no muy anterior a los sucesos de julio de 1909 en Barcelona, se lee:

“El poder judicial, por medio de un alto funcionario, y en uno de sus actos más solemnes, ha hecho una declaración gravísima, que recogemos de los extractos de la prensa burguesa y aprovecharemos los desheredados del patrimonio universal como confirmación de nuestras censuras contra la actual sociedad y como justificación de nuestros ideales.

Conviene llegar al reparto de las utilidades de la industria y de la agricultura por equitativa participación de cada elemento productor, en tributo de justicia y con la mira de aliviar las estrecheces de la vida de clases integrantes del cuerpo social, como son los obreros manuales y los de la inteligencia”.

He ahí lo que acaba de declarar el presidente del Tribunal Supremo en el acto de la apertura de los Tribunales.

Y tenemos que, no un socialista, ni un anarquista, sino un alto oficial de la justicia es quien declara que “no es equitativa la participación de cada elemento productor en el reparto de las utilidades de la industria y de la agricultura”, y conviene que lo sea.

Para reparar esa falta de equidad, que afecta a un número inconcebible de trabajadores de la generación presente y de las generaciones pasadas, a contar desde que los usurpadores de las riquezas naturales y de las riquezas sociales dieron fuerza legal a sus iniquidades y los despojados consintieron en acatarlas como justas, no se usa un término justiciero, urgente, enérgico; se dice *conviene*.

El pobre verbo *convenir* es por sí de tan escasa eficacia, de acción tan lenta, tan falto de pasión activa, que bien puede aplicarse con prudencia y sin alarmar a los de arriba ni excitar a los de abajo a la acción de restituir lo usurpado por la violencia, por la astucia, y conservado bajo la apariencia de la justicia.

No se dice al usurpador *restituye*, ni siquiera *conviene que restituyas*, sino viene a decirsele *conviene repartir mejor*, ¡y eso es tan lato!...

El imperativo del verbo *restituir*, que justificaría lo presente y lo futuro, no conviene a los que Bismark denominó *Beati possidentes*,

que en castellano viejo quiere decir los que tienen la sartén por el mango; esos, que siendo cristianos creen o fingen creer que las riquezas son insuperable obstáculo para su salvación eterna, no restituirán jamás por conciencia.

Además, no se apoya el *conviene*, la acción de *convenir*, en razones de suprema justicia ni en argumentos científicos, sino en motivos de conveniencia. He aquí uno:

“La velocidad del avance en busca de mejoramientos impone a las sociedades y a los Estados el ensanche, cada vez mayor, de sus medios de progreso efectivo”.

He aquí otro y de peso:

“Si a esos males no se atiende, si no se les dan soluciones conciliadoras, si no se atina a formular la regla jurídica reguladora de las relaciones creadas por nuevos intereses privados, si el Estado persiste en someter tales cuestiones a un anticuado femenino criterio y se contenta con proclamar el dominio efímero de la coacción, estallará, al fin, la tormenta y no habrá pararrayos que nos preserve de la electricidad acumulada, buscándole las derivaciones oportunas”.

Esperamos que las palabras del funcionario, aparte de darle fama de pensador modernista, serán perdidas entre la balumba rutinaria que nos abruma; se construirán nuevos y numerosos pararrayos

coercitivos mientras la electricidad seguirá acumulándose lentamente, harto lentamente por desgracia, pero acumulándose al fin, sin que impidan la acumulación las derivaciones oportunas de que habla, o sean esos pegotes de unguento blanco que pegan al cuerpo social muchos economistas y todos los políticos que explotan la credulidad popular; y al fin la profecía se cumplirá.

Todos los escépticos y pesimistas burgueses a quienes el orador se dirigía están calvos de saber eso; pero todos están dominados por un brutal egoísmo; saben que la vida es corta y la amenaza tardará en cumplirse, y cada cual repite el famoso “después de mí el diluvio” que dijo Luis XIV y tuvo sanguinario cumplimiento llevando a la guillotina a su nieto Luis XVI.

Por otra parte, ¿a qué hablar de injusta repartición de los productos del trabajo mientras esté en vigor el derecho de accesión y cuente con el acatamiento sin la menor protesta de los que dictan, sancionan y aplican las leyes?

Tenemos una ley que da al propietario la tierra, lo que está debajo de ella, lo que produzca o se le una e incorpore artificialmente, y que presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario, no dejando para el trabajador, para el que produce los frutos, más que el salario, o sea, como dice textualmente el art. 356 del Código, “el abono de los gastos hechos por un tercero para su producción, recolección y conservación”.

¿Y qué puede resultar de esos preceptos legales más que lo que resulta?

Inútil es hablar de los efectos callando las causas.

Y si todo eso fuera poco para apreciar el inmenso arraigo que el mal tiene, léanse estas tristísimas palabras que el mencionado funcionario dedica a la magistratura:

“En las filas de la magistratura no se acreditan siempre las condiciones especiales científicas de singular cultura, de prudencia y de elevado sentido, de comprensión total, correspondientes a funciones tan complejas, superiores y trascendentales”.

A esos datos, preciosísimos por su origen, añadiremos: más de cincuenta mil causas sobreseídas en un año; es decir, la vida, la honra y los intereses de cincuenta mil ciudadanos echados a perder por esos oficiales de la justicia cuya misión consiste precisamente en lo contrario, lo cual es indicio de que para el año próximo pueden echarse en remojo otros cincuenta mil y pico, porque la cosa, en vez de corregirse va en aumento, y un oficial de la justicia no ha de ser como un oficial carpintero, por ejemplo, que si desperdicia madera por inhábil y no produce una mesa, un armario, etc., en el tiempo regular, el burgués le despacha por torpe.

Así, pensando en estas cosas, llega el más conservador a preguntarse ¿es justa la justicia?

Ahora téngase en cuenta que esto se escribió tres o cuatro meses antes de los sucesos de julio de Barcelona en 1909.

El Ideal

Lo más humano y lo más humanitario que haya podido concebir el pensamiento del hombre, brilla, en el ideal anarquista, como bellísima flor, precursora del fruto de paz, de justicia y de felicidad reservado a las futuras generaciones.

En lo humano, concuerda con esta idea fijada por los hombres de la Convención como jalón indestructible del progreso: “los hombres nacen y permanecen libres e iguales”; en lo humanitario, afirma la participación de todos en el patrimonio universal sin limitación, exclusivismos ni privilegios, y establece el justo equilibrio entre los derechos y los deberes.

Un ideal que aspira a ser práctico contando únicamente con su propia bondad que ha de fortalecer y ampliar indefinidamente la sociabilidad humana, pero que ha de desorganizar los Estados autoritarios, no reservándose medio coercitivo alguno, considerando como perfectamente natural la estática humana donde desaparece el antagonismo de los intereses, necesita como medio de acción la propaganda libre y cuenta como principal medio de proselitismo con la persuasión, sin dar a la violencia revolucionaria más ni menos extensión que la que exija la resistencia que al libre desarrollo de la evolución opongan los estacionarios privilegiados.

El ideal anarquista se funda, pues, en doctrinas de razón y de ciencia, y es una vía progresiva abierta en el callejón sin salida en que se halla metida la actual civilización, por efecto del régimen imperante de la propiedad, que vincula la riqueza social en el patriciado burgués, y perpetúa la expoliación de la esclavitud en el proletariado jornalero, formando esa doble categoría de pobres y ricos que aparece como eterna a los ojos de los ofuscados antiprogresivos, y en la que no está exento de responsabilidad quien no abra su razón y su esperanza a las justificaciones del porvenir.

Estas consideraciones están abonadas por la historia contemporánea: la exposición del ideal en el libro, en el folleto, en el periódico y en el mitin lo han probado suficientemente.

Lo confirma además la ciencia.

Léase este juicio de Reclus:

“Bajo el hormigueo de los vibriones encarnizados en su destrucción mutua, se siente la tendencia general de las cosas a fundirse en un cuerpo viviente cuyas partes están en interdependencia recíproca y acabarán por asociar los enemigos, por hacer de cada traficante el repartidor delegado para la distribución de los productos que recibe: organismo al unísono del ritmo universal en el mecanismo inmenso. Además, el corto número de hombres poderosos que creen dirigir el conjunto formidable

de los cambios están asociados a millones y millones de individuos que por las mismas condiciones de su existencia determinan las operaciones comerciales en sentido contrario del «libre albedrío» de especulación que se atribuyen los detentadores del capital.

Todo está en vía de componer un cosmos armonioso en que cada célula tenga su individualidad, correspondiente a un libre trabajo personal, y en que engranen mutuamente, siendo cada uno necesario para la obra de todos. El mecanismo funcionaría perfectamente si, por una supervivencia todavía soberana, no se creyera cada uno obligado a tener en mano un signo representativo de su derecho al consumo, es decir, la pieza monetaria, el disco de metal. Comprar y vender constituyen aún la consigna de los que entran en la vida; pero indicios precursores nos hacen comprender ya que esas palabras serán un día abolidas. La Producción libre y la Repartición equitativa para todos, tal es la realización que exigimos al porvenir”.

Respecto a la lejanía de la realización del ideal, téngase en cuenta, que si, como dice Reclus, el ideal no se convierte en hecho hasta que ha llegado a ser consciente, después de haber sido ardientemente deseado, preparado, adquirido por el sacrificio de innumerables víctimas voluntarias, ha de contarse también con las

traiciones a la democracia y la apelación al terror a que han tenido que recurrir gobernantes demócratas radicales en Europa y América, y además estos dos hechos recientes, que son como avisos de la próxima llegada de la huelga general revolucionaria, producto de la organización sindicalista del proletariado moderno: una noche se halló París de repente a oscuras, los electricistas habían preparado una huelga en secreto; el 14 de julio de 1908, los parisienses que madrugaron para asistir a la fiesta de la República, parodia degenerada de la gran Fiesta de la Federación, hallaron los barcos del Sena sin servidores que los movieran, por haberse declarado secretamente en huelga. Un proletariado organizado capaz de tales hazañas sin que el argos polizonte de cien ojos se entera; y que coja de sorpresa al gobierno y al público, puede nacer grandes cosas.

Sirvan las consideraciones y los hechos expuestos como garantía para una orientación segura hacia el ideal.

Desechen los trabajadores el pesimismo que les induce a desconfiar de su propio esfuerzo y el optimismo que les hace confiar en los políticos de oficio, y, para bien propio y de la humanidad, acójense a la solidaridad obrera y vayan resueltamente a la libertad y a la igualdad en la Anarquía.

La presente Conferencia, perdido su primitivo original por efecto de un conato de persecución terrorista, está calcada por su autor sobre la leída por el mismo en el Centro Obrero de Zaragoza, en 7 de noviembre de 1909.

Editada por compañeros sindicalistas zaragozanos, el beneficio se destina al alivio de presos por asuntos sociales y a necesidades de la propaganda.